

CAMPESINOS Y RITOS FUNERARIOS: EL DESARROLLO DE LA COMPLEJIDAD EN EL MEDITERRANEO OCCIDENTAL (IV-II MILENIOS A.C.)

por

Almudena Hernando Gonzalo *

Resumen: Una comparación de los desarrollos arqueológicos de tres zonas del Mediterráneo Occidental -las islas, el Sureste español y La Mancha- nos muestra cómo la complejidad del ritual que reflejan sus respectivos mundos funerarios entre el IV y el II milenio, aumenta en relación directa con el riesgo que cada una de ellas implica para el desarrollo del modo de vida campesino. De hecho, si clasificamos las tres zonas en orden decreciente de riesgo para una economía agrícola, por un lado, y de elaboración ritual funeraria, por otro, el resultado es el mismo: islas del Mediterráneo Central, Sureste español y zona de La Mancha.

Palabras-clave: Campesinos. Calcolítico. Mundo funerario.

INTRODUCCIÓN

En distintos lugares y con variados argumentos se ha venido sosteniendo desde hace tiempo que el desarrollo del mundo funerario refleja el progresivo aumento de la complejidad de las sociedades que lo crean. Así expuesto, tal conclusión parece no sólo elemental, sino anticuada y repetida a través de todo modelo utilizado en la investigación de la Prehistoria peninsular.

Parecería por tanto absurdo presentar una comunicación dedicada a reiterar exclusivamente tan obvio aserto. Ahora bien, estudios recientes (CRIADO 1991, 1993, VICENT 1990) han intentado ir más allá de esta conclusión básica, buscando la relación existente entre la aparición y desarrollo de la arquitectura y ritual funerario con la necesidad de transformar las pautas de relación con la naturaleza que caracteriza al modo de vida campesino.

Mi intención es intentar sugerir cómo los procesos de cambio cultural que caracterizan el inicio de un modo de vida campesino en tres zonas concretas: las islas del Mediterráneo Central — tomando a Cerdeña como ejemplo —,

* Dpto. Prehistoria, Fac. Geografía e Historia. Universidad Complutense. Madrid.

el Sureste español y la zona de la Mancha española, tienen un reflejo muy expresivo de sus diferencias en las características concretas con que en ellas se desarrolla el mundo funerario.

DESARROLLO

Para ello, deberíamos comenzar por ordenar las tres zonas conforme a un criterio decreciente de riesgo para dicho modo de vida. El resultado parece obvio: 1) las islas, por la propia condición de insularidad, de terreno demarcado e improrrogable; 2) el Sureste español, porque su configuración orográfica lo asíslo de la ciclogénesis mediterránea y atlántica, y esto lo convierte en una zona más árida que sus vecinas y porque estudios realizados (HERNANDO Y VICENT 1987) demuestran que la diferencia fundamental con la zona húmeda colindante es su menor proporción de tierra arable, de manera que ésta pasaría a convertirse en un recurso crítico y, por tanto, disputado, en el momento en que pasara a ser el principal medio de producción. Y 3) la Mancha, de características no especialmente favorables, pero de mucho menor riesgo para un modo de vida campesino que las anteriores.

El modo de vida campesino ha sido definido por J. Vicent (1990) fundamentalmente por la vinculación permanente de los productores primarios a sus medios de producción, que es lo mismo que decir a la tierra. En consecuencia, sería de esperar que en aquellas zonas donde la tierra es más escasa o la producción menos eficiente, el establecimiento de ese vínculo se convirtiera en un factor de supervivencia defendido por encima de cualquier otro. La principal manera de establecer un vínculo con la tierra es demostrar una larga ocupación en ella, esto es, utilizar el tiempo como argumento. Y la principal materialización del tiempo, su más clara evidencia, son los muertos. Estos, negados y escondidos por los cazadores-recolectores (CLASTRES 1987:76), deberían, en consecuencia, empezar a ser exhibidos ahora, y no como individuos, aspecto que no interesa para tales fines, sino como “los muertos” de un grupo dado, como colectividad anónima pero esencial (v.CRIADO 1991:105), por cuanto significan respecto al tiempo.

Ahora bien: la instrumentalización de los muertos supone una transformación radical del pensamiento, puesto que necesita conectar al vivo con una realidad de la que hasta entonces, según parece demostrar el registro arqueológico y todo estudio etnológico sobre cazadores-recolectores, se sentía desconectado, estableciendo un sentido lineal, temporal y dependiente de la existencia (CLASTRES 1987: 74-77). La utilización de los muertos para ganar batallas de vivos se convierte así, en un proceso complejo que necesita como paso previo,

dotar al muerto de un carácter diferente al que tenía, es decir, necesita convertirle en “antepasado”, sancandole de la mítica categoría de “ancestro” de la que goza entre los cazadores-recolectores. Y parece que dicha transformación es visible en el registro arqueológico a través del ritual funerario.

Si estos presupuestos fueran correctos, deberíamos esperar:

1) Que las tradiciones de enterramiento comenzaran sólo cuando comienza el establecimiento en aldeas, esto es, cuando comienza el modo de vida campesino y no la agricultura, que puede introducirse como un medio de estabilización económica en un sistema de caza-recolección (VICENT 1990: 263-264, INGOLD 1986, 1990, BENDER 1978).

2) Que dichas tradiciones fueran, inicialmente, de enterramiento colectivo, donde, poco a poco, los muertos sufrirían un proceso de individualización al irse convirtiendo en “antepasados” concretos.

3) Que el ritual funerario fuera más complejo en aquellas zonas con mayor riesgo agrícola o escasez de tierra arable.

4) Que dicho ritual fuera desapareciendo a medida que el proceso de estabilización del modo de vida campesino fuera avanzando y las relaciones de poder del mundo de los vivos fueran consolidándose y estructurándose.

Pues bien, si comenzamos con estos puntos, y analizamos las secuencias de desarrollo en las tres zonas, observaremos que ni en las islas ni en el Sureste español hay ocupación permanente y estable hasta el Neolítico Final. Hasta entonces, la ocupación es esporádica y escasa, aunque existe, tal como demuestra la presencia de obsidiana de las Islas Lipari en Córcega en el VI M., por ej. (CHERRY 1984:10). El fósil-guía del Neolítico Antiguo, la “cerámica cardial”, aparece asociada a un predominio de especies salvajes (LOPEZ 1988, CHAPMAN 1985: 145), lo que demuestra que la caza, la pesca y la recolección siguen siendo aún las actividades económicas preferentes en ambos territorios. El mantenimiento de la ocupación de las cuevas como lugar de habitat y la ausencia de construcciones de cualquiera otra funcionalidad en el paisaje demuestra claramente la continuación de las estrategias económico-sociales previas. Tanto las culturas del Neolítico de las Cuevas en la Península Ibérica, como las llamadas “culturas” de Filiestru, Sa Carropu y Grotta Verde en Cerdeña, resultan claros ejemplos en este sentido.

La ocupación sistemática no se inicia hasta el Neolítico Final, coincidiendo con la generalización de las especies domesticadas (MOLINA 1987, ATZENI 1985: xxvii, TRUMP 1984: 513). Ello significa que ahora el hombre necesita la tierra productiva, de la que va a depender. Tal proceso es visible en el registro arqueológico no sólo por la aparición de las primeras aldeas, sino sobre todo, por el inicio de las tradiciones de enterramiento (VICENT 1990, CRIADO 1991).

Efectivamente, tanto en el Sureste español como en Cerdeña, éstas comienzan justo al final del Neolítico, configurando lo que se ha venido llamando Cultura de Ozieri en Cerdeña o Cultura de Almería en el Sureste, primeras culturas propiamente agrarias.

En Cerdeña, la zona de mayor índice de riesgo, la cultura de Ozieri se caracteriza por la aparición de millares de tumbas y de algunas estructuras interpretadas como lugares de culto. El desarrollo de la elaboración ritual va a ser tremendamente rápido, construyéndose, por ejemplo, tumbas que reproducen arquitectónicamente las casas de los vivos, con habitaciones diferenciadas, puertas adinteladas, etc. (ATZENI 1985: XXI-XL). Algunas estructuras se han interpretado incluso como “santuarios” por la complejidad de las plantas y el espacio que ofrecen a la actividad ritual. Como colofón de este despliegue en el mundo funerario hacen su aparición los primeros asentamientos defendidos, anticipo de las posteriores “nuraghas” de la Edad del Bronce.

Por su parte, las primeras tradiciones funerarias del Sureste español del Neolítico Final están representadas por estructuras poco visibles y muy accesibles, como son los llamados Ründgräber almerienses o las primeras cistas megalíticas (MOLINA 1988: 262) de la segunda mitad del IV M., situadas fuera de la zona de habitat. Se trata de tumbas colectivas y por tanto caracterizadas por un enterramiento desindividualizado de los muertos, que parece confirmar la necesidad de destacar al grupo que entierra y no al individuo enterrado (v. CRIADO 1991, CRIADO Y FABREGAS 1989, VICENT 1990).

Desde estas primeras tumbas, y a medida que se consolida la economía agraria, se puede observar también aquí un progresivo aumento de la elaboración ritual. Sea cual sea el tipo de tumba -cuevas naturales y artificiales, dólmenes o tholoi- recibieron enterramientos colectivos con un tratamiento similar de los muertos, de la propia tumba y de los ajuares (v. BOLLAIN 1984, IDAÑEZ SANCHEZ 1984: 166, LEISNER 1941: 107, CHAPMAN 1981, MOÑITA et al. 1986, OLARIA DE GUSI 1979). Los espacios funerarios se abren y o bien ganan (dólmenes, tholoi) o bien pierden definitivamente la visibilidad (cuevas) del monumento, aunque siempre mantienen la de su posición en el espacio, y añaden, en cualquier caso, otros elementos al ritual, como son el espacio de la cueva en sí, apto para celebraciones colectivas, o la dificultad de su acceso. A través de todo ello se observa cómo los rituales se están haciendo complejos, como demuestra también la prolongación de corredores y la apertura de patios de entrada. Hasta aquí todo parece concordar con la experiencia de los megalitos gallegos (CRIADO Y FABREGAS 1989) o irlandeses (THOMAS 1988), por ejemplo, donde se documentan en determinados monumentos espacios que podrían haber estado dedicados al ritual ceremonial. Pero aquí, este proceso culmina con la aparición de los poblados fortificados de El Argar, en cuyo interior

aparecen tumbas individuales con ajuares diferenciados que incluso son infantiles, indicando una transmisión genética del poder.

Por último, la zona de La Mancha, además de ser la de menor riesgo es también la peor conocida. No obstante, los escasos datos disponibles indican que las primeras tradiciones de enterramiento están representadas igualmente por cuevas sepulcrales colectivas, aunque en esta zona el grado de elaboración ritual es muy inferior al presente en el mismo tipo de enterramiento en el Sureste español o Cerdeña. No hay incineración parcial, por ej. (v. FERNANDEZ VEGA Y GALAN SAULNIER 1986). Ello podría asociarse con unas relaciones de competencia de menor nivel, que sin embargo, se equiparan a las de aquellas zonas en la Edad del Bronce, momento en el que quizás la ocupación de la Mancha rebasara su límite conflictivo. En este momento aparecen asentamientos de habitat, localizados bien en zonas bajas -"Cultura de Las Motillas"-, bien en altura, siempre conteniendo en su interior enterramientos individuales con ajuares diferenciados, al igual que en el Sureste (NAJERA 1984).

Así pues, si volvemos a ordenar las tres zonas conforme a una complejidad decreciente del ritual funerario, el resultado volvería a ser: 1) islas del Mediterráneo Central, 2) Sureste español, y 3) zona de La Mancha.

CONCLUSIÓN

De todo lo dicho pueden extraerse las siguientes conclusiones:

1) Parece establecerse una relación directa entre riesgo agrícola y elaboración ritual en el mundo funerario entre el IV y el II M. a.C., cuando comienza el modo de vida campesino.

2) En el mundo de los muertos parece recaer al principio el mayor potencial representativo de la transformación social, por lo que habría sido necesario delimitarlo claramente, bien alejando el poblado del lugar de enterramiento, bien situándolo en lugares de difícil acceso (como las cuevas), aumentando el sentido de privacidad y ocultamiento (v. WHITTLE 1988: 181), como demuestra el enterramiento en grietas, normalmente denominadas "cuevas", o bien explicitando arquitectónicamente sus límites (dólmenes o tholoi).

3) Pero, a su vez, habría sido necesario transformar la categoría que los vivos atribuyen a los muertos, de ancestros a antepasados. El aumento de los espacios rituales que caracteriza la evolución de los megalitos (CRIADO Y FABREGAS 1989, THOMAS 1988) o de las cuevas parecen servir de escenario a la representación de tal paso: corredores y pasillos, lajas perforadas a modo de puertas o localizaciones distantes y difíciles en las cuevas. Un estado avanzado de este proceso sería aquel en el que llega a representarse en la tumba la "casa"

de los antepasados, su lugar de residencia, como sucede en la cultura de Ozieri, ligando así definitivamente la tierra al linaje que la explota. Los antepasados “viven”, “habitan” allí. El grupo de descendencia está así vinculado a esa tierra.

4) Una vez fijado el sentido diacrónico de la existencia, gracias entre otros cambios a la vinculación con los antepasados, y establecida la posibilidad de transmisión generacional de derechos y poderes, la inversión de energía en la construcción de los lugares de habitat pasaría a manifestar ahora el “mapa político” de apropiación de un territorio y la distribución de los focos de poder. La explotación cada vez más intensiva de sus recursos geológicos, forestales, animales o vegetales, vendría a demostrar el mismo espíritu de apropiación, ya consolidada sobre el espacio hasta entonces reivindicado. En este momento, la complementariedad funcional de los asentamientos parece absolutamente imprescindible, dada la inmovilidad total del grupo, por lo que no parece tener mucho sentido atribuir a “culturas” distintos tipos de asentamientos diferentes, como se ha pretendido en el Bronce de la Mancha o en el de las islas.

El hecho es que, a partir aproximadamente del 1800 b.c. y en las tres áreas citadas, la competitividad entre los grupos campesinos en lucha por su supervivencia ha llevado a la construcción de sofisticadas estructuras de habitat, en cuyo espacio se incluyen, en general, tumbas de individuos cuya posición en el grupo demuestra también el surgimiento de niveles económicamente diferenciados. Los muertos son ya sólo antepasados, representando una etapa más en la vida de los vivos y manteniendo, por tanto, las características de cada uno de éstos en la vida real. Al contrario que hasta entonces, no existe ya la distinción entre ambos mundos, puesto que el conflicto fundamental tiene lugar ahora sobre bases económico-social-ideológicas asumidas e institucionalizadas.

BIBLIOGRAFIA

- ATZENI, E. et alii (1985): *Ichnussa. La Sardegna dalle origini all'età classica*. Grazanti, Scheiwiller.
- BOLLAIN, A. (1986): “Los yacimientos funerarios del Calcolítico Murcia: una revisión bibliográfica”. *Trabajos de Prehistoria* 43: 85-98.
- CHAPMAN, R. (1981): “Los Millares y la cronología relativa de la Edad del Cobre en el Sudeste de España”. *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6: 75-89.
- (1985): “The Later Prehistory of Western Mediterranean Europe: Recent Advances”. *Advances in World Archaeology* 4: 115-187.
- CHERRY, J.F. (1984): “The initial colonisation of the West Mediterranean Islands in the light of island biogeography and palaeogeography”. In W.H. Waldren, R. Chapman, J. Lewthwaite and R.c. Kennard (eds.): *The Deyá Conference of Prehistory. Early Settlement in the Western Mediterranean Islands and the Peripheral Areas*. B.A.R.

International Series 229: 7-27.

- CLASTRES, P. (1987): *Investigaciones en Antropología Política*. Ed. Gedisa, Barcelona, 1a. reimpresión.
- CRiado, F. (1991): "Tiempos megalíticos y espacios modernos". *Historia y Crítica I*: 85-108, Santiago de Compostela.
- (1993): "Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje". *Archivo Español de Arqueología*, e.p.
- CRiado, F. y FABREGAS, R. (1989): "The megalithic phenomenon of northwest Spain: main trends". *Antiquity* 63, n. 241: 682-96.
- FERNANDEZ VEGA, A. y GALAN SAULNIER, c. (1986): "Las denominadas "cuevas sepulcrales colectivas eneolíticas" del País Valenciano y la Meseta". *Boletín del Museo Arqueológico Nacional (Madrid)IV*: 7-26.
- HERNANDO, A. y VICENT, J.M. (1987): "Una aproximación cuantitativa al problema de la intensificación económica en el Calcolítico del Sureste de la Península Ibérica". *El origen de la metalurgia en la Península Ibérica*. Papeles de Trabajo. Arqueología 1 Instituto Universitario José Ortega y Gasset. Univ. Complutense de Madrid. Págs. 23-39.
- IDAÑEZ SANCHEZ, J.F. (1984): "Incineración parcial en los enterramientos colectivos del Sudeste español. *Actas de la Mesa Redonda sobre Megalitismo Peninsular*, Santander, pgs. 165-166.
- INGOLD, T. (1986): *The appropriation of Nature. Essays on Human Ecology and Social Relations*. Manchester Univ. Press, Manchester.
- (1990): "Society, Nature and the Concept of Technology". *Review from Cambridge* 9(1): 5-17.
- LEISNER, G. (1941): "Puertas perforadas en sepulcros megalíticos de la Península Ibérica". *Corona de Estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria dedica a sus Mártires*. Ed. J. Martínez Santa Olalla. Tomo I, págs. 107-124.
- LOPEZ GARCIA, P. (coord.)(1988): *El Neolítico en España*. Ed. Cátedra, Madrid.
- MOLINA GONZALEZ, F. (1987): Seminario impartido en la Fundación Ortega y Gasset. 17-II-1987. Inédito.
- (1988): "El Calcolítico en la Península Ibérica. El Sudeste". *Rassegna di Archaeologia* 7: 255-262.
- MOÑITA, R., CORRAL, M., DIAZ, M.A., COLMENAREJO, M.R. y SANCHEZ, M.M. (1986): "Espacios de habitación y funerarios en el S.E. durante el Calcolítico". *Arqueología Espacial. Coloquio sobre el Microespacio 2*: 139-156, Teruel.
- NAJERA, T. (1984): *La Edad del Bronce en la Mancha Occidental*. Tesis Doctorales de la Universidad de Granada 458.
- OLARIA DE GUSI, C. (1979): "Dos nuevas tumbas megalíticas en Almería: el ritual funerario en la cultura de Los Millares y su problemática de interpretación". *Estudios dedicados a Carlos Callejo Serrano*. Excma. Diputación Provincial de Cáceres, págs. 511-532.
- THOMAS, J. (1988): "The social significance of Cotswold-Severn burial practices". *Man* 23: 540-559.
- TRUMP, D. (1984): The Bonu Ighinu Project. In W.H. Waldren, R.Chapman, J. lewthwaite and R.C. Kennard (eds.): *The Deya Conference of Prehistory. Early Settlement in Western Mediterranean Islands and the Peripheral Areas*. B.A.R. International Series 229, págs. 511-532.

- VICENT, J.M. (1990): "El Neolítico. Transformaciones sociales y económicas". *Actas del Coloquio sobre "Canvi Cultural"*. Barcelona, Marzo 1989. Ed. Columna, Barcelona, págs.241-293.
- WHITTLE, A. (1988): *Problems in Neolithic Archaeology*. Cambridge University Press, Cambridge.